

2° Capítulo del Abad General para el CFM – 24.08.2012

Ayer meditamos sobre cómo nuestra disponibilidad a la conversión depende de qué alegría buscamos en nuestra vida. En la parábola del hijo pródigo, vimos que el hermano mayor vive en el deseo de cambios superficiales, efímeros, y que esto lo cierra a la verdadera conversión del corazón que le permitiría entrar en la alegría del padre, que es una alegría de amor siempre posible y cada vez más grande porque su motivación, su meta, es infinita y eterna.

En el Evangelio según Lucas hay otra imagen muy clara de esta contraposición entre el afán por los cambios superficiales y la alegría de la conversión a Cristo. Esta vez no se trata de dos hermanos, sino de dos hermanas, Marta y María (Lucas 10,38-42).

Lo que de verdad distingue a las dos hermanas no es la actividad y la contemplación, sino precisamente el objeto de su alegría, y, por lo tanto, el cambio que desean para su vida. Marta está toda ella imbuida por el afán de que las cosas inmediatas funcionen bien. Su corazón está todo él ocupado por el deseo de ofrecer un buen banquete a sus huéspedes. Esto, evidentemente, no es un mal, y puede ser signo de una gran caridad. El problema llega cuando este deseo ocupa y preocupa todo el corazón y ponemos toda nuestra alegría solo en esto.

Su hermana María, poniéndose a los pies de Jesús y escuchando su palabra, muestra que lo más querido para ella es Jesús mismo, que su alegría es Cristo y lo que viene de Él. Esta es la “mejor parte” (Lc 10,42) que nadie puede quitarnos, porque la presencia y la palabra del Señor son un tesoro que nadie puede corromper o disminuir. La “mejor parte” es la preferencia de Cristo. Quien la elige, quien la busca, como María de Betania, no pierde jamás su alegría, suceda lo que suceda.

Jesús pide a Marta vivir también en esta preferencia no efímera, vivir para lo “único necesario” (10,42), sin detener el deseo de felicidad infinita de su corazón en lo que pasa, en lo que se corrompe, que no nos hace libres. La conversión que Jesús le pide no es la de esforzarse más, porque María no hace otra cosa que estar sentada a los pies de Jesús y escucharlo. Jesús le pide a Marta no detener su deseo de felicidad en aquello que hace o aquello que hacen los demás, no detenerse en las circunstancias inmediatas, en su proyecto de cómo deben ir las cosas.

Además hay otro episodio en Lucas que ilumina claramente la distinción entre quien pretende la alegría de los cambios exteriores y quien está dispuesto a la conversión del corazón por Cristo. Es el episodio de los dos malhechores crucificados con Jesús (Lc 23,39-43).

El primer ladrón quiere que Cristo cambie las circunstancias de su vida, que lo baje de la cruz: “¿No eres tú el Cristo? ¡Sálvate a ti mismo y a nosotros!” (Lc 23,39). Querría utilizar a Jesús para realizar su alegría, pero Jesús no es su alegría. Así pues, no hay en él disponibilidad a la conversión de sí mismo, de su corazón.

Sin embargo, el buen ladrón acepta que el cambio debe venir, sobre todo, de él mismo y no de las circunstancias. Esta actitud de conversión lo abre a la alegría sin límites que solo Jesús puede darle: la de permanecer siempre con Él: “Hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lc 23,43).

De esta forma, el buen ladrón define la actitud justa que he tratado de describiros ayer y hoy, la actitud de la conversión que busca hasta el fondo la alegría en Cristo, utilizando la expresión, sorprendente en labios de un pobre malhechor, de “temor de Dios”. Cuando explica a su compañero por qué es equivocada su petición a Jesús, define como “temor de Dios” la posición justa ante Cristo y ante nosotros mismos: “¿No temes a Dios, tú que estás condenado a la misma pena?” (Lc 23,40). Por lo tanto, es el “temor de Dios” lo que le permite vivir con verdad la circunstancia terrible que está sufriendo. Y para él, “temor de Dios” quiere decir, sobre todo, reconocer el misterio de Cristo que sufre y muere inocentemente por nosotros, y, por lo tanto, confiarse completamente, con sencillez y fe a este misterio: “¡Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino!” (Lc 23,42).

El buen ladrón expresa aquí la perfección de la conversión en poner en Cristo toda la alegría y la salvación de la propia vida.

Así, esta posición religiosa correcta ante Dios y ante nosotros mismos, el “temor de Dios”, la encontramos muy presente en la Sagrada Escritura, especialmente en los Salmos, y también en la Regla de san Benito, y querría profundizarla en los próximos Capítulos, porque creo que es fundamental para vivir con verdad nuestra vocación y para vivirla con verdadera alegría. Y en el buen ladrón, el Evangelio nos anuncia que la posición del “temor de Dios” es la verdad humana cumplida, es la plenitud de la humanidad, es la santidad cristiana. Por esto, san Benito quiere educarnos en esta actitud del corazón y de la vida, que hoy tenemos la tendencia de descuidar, creyendo que no está de moda, porque no la entendemos de la forma justa, y porque, influenciados por ideologías de la época moderna, pensamos que el temor de Dios es una mortificación de nuestra libertad, de nuestra inteligencia y de nuestra felicidad. En cambio, la Palabra de Dios y la tradición monástica nos dicen lo contrario, que el temor de Dios es la condición fundamental de la libertad, de la sabiduría y de la felicidad del hombre, porque el temor de Dios es la actitud de la humildad que se abre a la obra del Señor bueno en nuestro corazón y en nuestra vida.

El buen ladrón nos enseña que el temor de Dios lleva a cumplimiento nuestra conversión en el confiarnos totalmente a Cristo y al don que Él nos hace totalmente de sí mismo, y de toda su amistad que nos desea con Él para siempre. Cuando san Benito, al final de la Regla, expresa el deseo de que Cristo, preferido absolutamente a todo, “nos conduzca a todos juntos a la vida eterna” (RB 72,12), en el fondo nos identifica a todos con el buen ladrón, nos lo señala como maestro de la salvación acogida con la humildad del temor de Dios.

Profundizaremos este tema en los próximos Capítulos.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori, OCist